

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 41 – 28 de agosto de 2015

En este número

Situación actual y elecciones

Luis Buceta Facorro

Efectivamente, hay un gran descontento, incertidumbre y confusión sobre la situación política de España y de Europa, por ceñirnos a lo más cercano, aunque creo está dentro de un proceso universal. Lógicamente, esta situación implica un descontento y rechazo al proceder de los políticos, en las diversas esferas e instituciones, que produce la sensación, cuando no la realidad, de un proceder errático en el que prevalecen sus intereses particulares, tal como mantener el puesto, frente al objetivo final de la política cual es la búsqueda del bien común. Los casos de corrupción han favorecido este descontento y alimentado la incertidumbre y confusión.

Hablando de la corrupción ya encontramos un síntoma significativo de la situación en el momento actual. Para entendernos y empleando los términos, aunque no nos gustan, de



izquierda y derecha, la corrupción y sus efectos negativos afectan más gravemente a la derecha que a la izquierda. Es decir, siendo general y grave y afectando a todos los partidos e instituciones, los de la izquierda pasan casi inadvertidos, como acto fallido aislado y poco importante, mientras que los del lado que podemos llamar derecha, son agrandado y presentados como ejemplos escandalosos de unos inmorales explotadores que sojuzgan y avasallan al pueblo sufriente. No hay la misma vara de medir, lo que significa que un sector de la política y de la vida social y económica, aparezcan como culpables y malvados y la otra parte, se presente como la defensora del pueblo oprimido y los garantes de acabar, en el futuro, con este calamitoso estado de cosa. Esta realidad hay que tenerla en cuenta como dato del clima político y

social de España.

Sin duda, los políticos y las instituciones no han estado a la altura de las circunstancias y han actuado con una despreocupación hacia la opinión pública, con una seguridad en su posición que les permitía hacer y deshacer, prácticamente, a su antojo o en busca de sus intereses

particulares. A pesar de esto, que es más sensación generalizada que realidad, hay que decir que la mayoría de los servidores públicos han actuado con una dedicación, espíritu de servicio y responsabilidad ejemplar, pues de otra forma la Nación no se sostendría. En España, hay corruptos, pero no es un país de corruptos ni de mafias, paralelas al Estado, de corrupción. Es verdad que algunas personas de las más representativas, no se han presentado públicamente con el ejemplo debido a su posición, deteriorando, así no solo su función sino las instituciones que encarnan. Debemos tener en cuenta que la corrupción, la moralidad y la ejemplaridad no implican solo el hecho de llevarse el dinero, sino también puede presentarse en actitudes y conductas que corrompen el ambiente político y social.

Como ejemplo paradigmático de este otro tipo de corrupción y falta de ejemplaridad, el espectáculo de nuestro Parlamento nacional es verdaderamente deprimente, no solo por las actitudes de negatividad mediante las cuales, prácticamente ya sabemos de ante mano lo que va a decir cada uno de los grupos y que posición adoptará. El lenguaje es siempre de afirmaciones sin que haya argumentación que apoye esas afirmaciones o frases simples y generalizadas. No hay razonamientos y por descontado siempre para oponerse e incluso insultar al contrario que, naturalmente es el gobierno. En cuanto a la presencia física de los representantes de la Nación, hay una minoría cuyo atuendo deja mucho que desear, pues es el correspondiente a estar en una terraza tomando una cerveza, a lo que hay que añadir esos que aparecen con una camiseta de un color en señal de protesta o con pancartas alusivas a cualquier tema, todo lo cual, ante el espectador, hace que parezca una especie de circo con personajes poco serios. Las instituciones que constituyen la base de la sociedad y del estado han de tener formas y modos que impliquen seriedad en su función, todas tienen y deben mantener una tradición litúrgica que, básicamente, hay que respetar. Me consta que en el diario hacer del Parlamento, se trabaja y bien a la hora de analizar y estudiar los proyectos de ley y otras cuestiones de control, donde se llega a rectificaciones, propuestas por los diversos grupos parlamentarios. Pero este trabajo, hacia dentro, no es la imagen que ven los espectadores de los plenos, ni la que presentan los medios de comunicación, y aún menos, las ahora permanentemente activas redes sociales. Las cosas son como son, pero públicamente son como las percibe la mayoría de la gente o como los comunicadores se las presentan al público. Desgraciadamente, esto lo olvidan, con frecuencia, algunos responsables públicos que creen que con hacer basta para convencer.

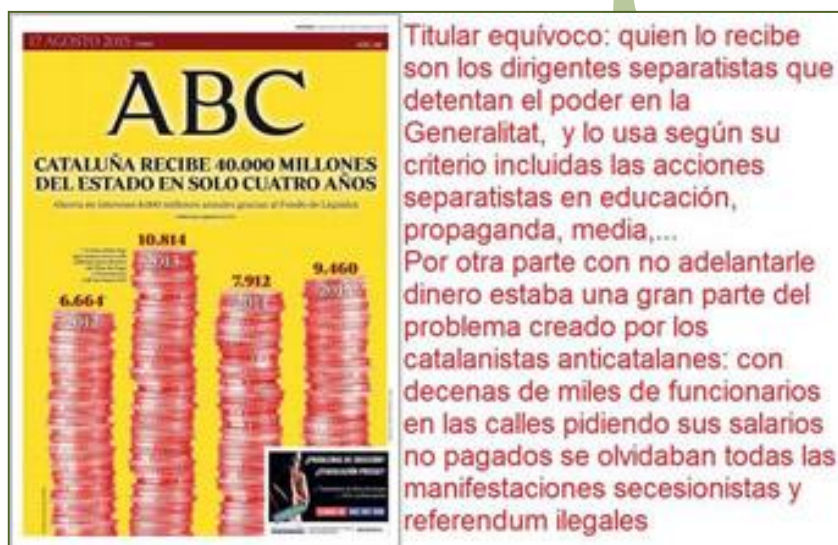


Indudablemente, nuestros partidos no presentan una imagen más halagadora, con una evidente pérdida de credibilidad ante los ciudadanos, que empiezan a tener la sensación de que son incapaces de cambio para la andadura que los tiempos exigen. Incapacidad total, así se permiten, por ese continuo me opongo, y la consideración entre ellos no de adversarios políticos, en las fórmulas para conseguir el bien común, sino enemigos radicales que buscan la destrucción del contrario, lo cual implica actitudes negativas para un consenso y colaboración. Cada uno busca sus intereses, incluso, ya de antemano, declaran la necesidad de aislar, para impedir que gobierne un determinado partido. La radicalidad entre izquierdas y derechas, con

el aderezo negativo de los nacionalistas, se ha hecho patente y presente, hoy: una realidad, en la que con toda naturalidad y públicamente se hacen pactos contra el PP, o, tal como hemos visto, el PSOE, señala que pactará con cualquiera menos con el PP y Bildu. Va a tener razón Garrigues Walker cuando afirma que «cuando la demagogia inunda la escena pública, se sacraliza el derecho a descalificar y a mentir, y desaparecen, como es inevitable, cualquier vestigio de sentido común, de prudencia y de mesura. Algún día habrá que estudiar a fondo la enorme carga que implican para la sociedad estos periodos dominados por la irracionalidad extrema». En efecto, «esta irracionalidad extrema» se está apoderando de una parte de la sociedad española.

El espectáculo de nuestros sindicatos, con su liturgia trasnochada, sus banderas republicanas, y sus langostinos y millones, muchos millones estafados a los propios trabajadores, que en el último primero de Mayo tienen el cinismo de pedir a los partidos un «cambio de actores y de políticas», cuyos líderes, los de las tarjetas, los Ere y los langostinos siguen gritando ¡Viva la clase obrera! Ellos que viven dentro de los niveles altos de España y, algunos, dentro de las instituciones financieras, con tarjetas muy negras, ahora resulta que representan la defensa de la justicia social. No sigo porque la Justicia, las Academias, la Universidad y la Enseñanza, en general, presentan un panorama nada ejemplar, pero sin embargo funcionan, aunque sea anodinamente y claramente insuficiente.

No quiero que se piense que estoy afirmando una situación totalmente negativa. Todas esas



instituciones se sostienen y funcionan gracias a una parte de sus integrantes que con dedicación ejemplar y espíritu de servicio a la comunidad, sin estridencias ni demagogias, trabajan diaria y responsablemente. No está agotado el modelo ni el sistema. Es verdad que requiere ajustes y cambios, en muchos aspectos y algunos profundos, pero sin la demagogia de los antisistema, que destruyen, sin saber luego lo que quieren construir y , sobre todo, cómo y con qué

medios. Las alternativas que se nos ofrecen, ya han fracasado y dado lugar a miseria y opresión, tal como, aún podemos ver en nuestro mundo y en algunas naciones, muy cercanas a nosotros.

Desafortunadamente, hoy, en España, se nos quiere presentar, y los medios de comunicación, en general, así lo hacen, una situación caótica y desalentadora cuando la realidad es que, con sus graves y profundos problemas España es un país estable y con prestigio en Europa y el mundo. Estamos lejos de la España deseada, pero nuestra realidad es mejor de la que se nos presenta.

En este año de elecciones conviene analizar cuál es el panorama político y las aptitudes explícitas, pues creo que nos estamos dejando llevar del voluntarismo irreal y del mito de la perfección, que lleva a un análisis aparentemente razonable, pero fuera de la realidad, lo que conduce a la irracionalidad irresponsable.

De una parte, salvo nacionalistas y pequeños y aislados representantes, en nuestro arco parlamentario hay dos grandes partidos, PSOE y PP, que son los únicos, hoy por hoy, capaces de constituir posibilidad de gobierno. Paralelamente, hay otros dos partidos, Izquierda Unida y Unión Progreso y Democracia, que hasta ahora tenían fuerza suficiente para apoyar a un posible gobierno. Ante las próximas elecciones y fruto de las europeas, aparecen en nuestro panorama dos partidos con fuerza, cuales son Ciudadanos y Podemos, los dos inéditos en el ámbito nacional, aunque Ciudadanos tenga presencia significativa en Cataluña, como partido de esa Comunidad. Estos nuevos partidos, uno, Podemos, radicalmente destructor, que está en contra de todo pero sin aclarar nada, aunque, al entrar en el juego político ya tiene que decir, y se puede observar por donde quieren ir, aunque no lo digan, y otro, Ciudadanos, más ponderado que presenta objetivos claros como la unidad de España, pero que en otros muchos aspectos no están clarificados, aunque también iremos viéndolo en los próximos tiempos en los que ya tienen que tomar decisiones. No es lo mismo plantear que actuar. Ya lo dice nuestro refrán: «No es lo mismo predicar que dar trigo». El tiempo irá diciendo, pero, de momento, Podemos pretende fagotizar Izquierda Unida y más tarde sustituir al PSOE. De otra parte, Ciudadanos quiere arrancar votos al PP en busca de alcanzar peso nacional. Izquierda Unida y Unión Progreso y Democracia se presentan en franco declive respecto a los nuevos emergentes.

Las actitudes ya manifestadas explícitamente representan una radicalización hacia la izquierda.



Se olvida, en unos interesadamente y en otros irracionalmente, que la gran ingeniería social que ha roto nuestra convivencia y reconciliación la llevó a cabo el gobierno de Rodríguez Zapatero, que ahora afirma que Podemos es Socialdemócrata, aunque, más o menos, son unos chicos que con el tiempo bajarán a la tierra e irán aprendiendo. Es la rama radical destructora del

socialismo, que se aleja de la Nación Española y de sus valores históricos, que siguen hablando de la superioridad moral de la izquierda y la necesidad de enlazar con la Segunda República, en su versión neomarxista, por eso consideran que hay que sacar, en las grandes ocasiones de protestas la bandera republicana y cantar la internacional con el puño en alto. Este mismo comportamiento es el de los sindicatos que se consideran ideológicamente de izquierdas y unidos a estos partidos. Por si hay alguna duda sobre actitudes y conductas de los partidos Socialista e Izquierda Unida, así como los aspirantes en las elecciones de Mayo, hemos presenciado su asistencia a la manifestación litúrgica del 1º de Mayo de los sindicatos CCOO y UGT en perfecta armonía. En fin, en actitudes y comportamientos, es evidente la radicalización hacia la izquierda con pacto previo como se está viendo y lo que veremos para aislar al PP. Todos contra el Partido Popular, se trata de desbanicar definitivamente al Partido Popular.

De otra parte, hay que reconocer que el Partido Popular, salvo en economía e, incluso, con reservas, no ha sabido afrontar adecuadamente los problemas políticos y sociales que afectan a España o, los ha afrontado de forma tibia cuando no ambigua. La soberbia de algunos de sus componentes, así como la conducta impresentable y totalmente condenable de otros de los más representativos, ha creado un rechazo en sus votantes, que puede conducir a lo que denomino,

contradictoriamente, «la irracionalidad razonada», pero no razonable. «La irracionalidad razonada», es una especie de contradictoria racionalidad, mediante la cual desde un razonamiento sobre ciertos aspectos particulares llegamos a la irracionalidad respecto a la totalidad a la que rechazamos, aunque esto signifique el abismo o lo desconocido. Políticamente algunos lo expresan con la frase: «Que venga otra cosa, a ver qué pasa».

Ante este año de elecciones, cada uno ha de votar con arreglo a su conciencia, según sus creencias y deseos, pero considero que todos tenemos la obligación de una reposada reflexión sobre la realidad que nos circunda, teniendo en cuenta, pues con frecuencia lo olvidamos, que nuestra realidad, la de España, está inexorablemente unida a la realidad y exigencias de Europa y de Occidente y, por descontado del mundo, pues hay complejas cuestiones que permanentemente nos amenazan, aunque no lo deseemos, y nos afectan gravemente. Los voluntarismos, en nuestro tiempo, no tienen ningún sentido ante las decisiones inmediatas sobre problemas concretos. En este importante año electoral en España, este 2015, que puede representar un hito en nuestro sistema de convivencia, me atrevo a realizar algunas simples reflexiones sobre actitudes y comportamientos respecto al ejercicio del voto:

1. Las elecciones son la participación real y definitiva que los ciudadanos tenemos para elegir a los que van a dirigir las Instituciones de Gobierno de la Nación. Es el instrumento de legitimación que va a dar lugar a la legalidad, a la que todos hemos de someternos. Indudablemente, además, los ciudadanos pueden y deben participar en la vida social de muy diferentes formas pero, políticamente el acto más importante y determinante de participación en la vida pública son las elecciones.

2. Las Instituciones Políticas, en nuestro caso, Estado, Comunidades y Ayuntamientos, cuyo objetivo común es la pacífica y satisfactoria convivencia, buscando el bien común crean y promulgan las normas jurídicas, base de esta convivencia, es decir, las hacen los políticos que gobiernan y esos son los que nosotros elegimos, por lo que no son lo mismo unos que otros. A mayor abundamiento, para aquellos que no votan o lo hacen a la ligera, una vez elegidos y formados los Órganos de Gobierno, da lo mismo el tanto por ciento que les haya elegido. Ellos son y están y, por consiguiente, gobiernan, deciden y legislan y sus decisiones y legislación nos afectan y obligan a todos.



3. Votamos principios no personas, pues las personas pasan y los principios permanecen. En cada momento, en los partidos, hay personas concretas que lo representan y, necesariamente, votamos a esas personas, pero no por ellas mismas, sino por los principios y valores que su partido representa y defiende. Todos queremos que desde nuestro punto de vista, los gobiernos, sean del signo que sean, hagan las cosas como nosotros las vemos y deseamos, pero gobernar cuando se hace de buena fe, exige afrontar problemas según las circunstancias y posibilidades de cada momento, y, cualquier gobierno honrado puede equivocarse en sus decisiones. No podemos obviar que la sociedad es plural y hemos de vivir con los que no

piensan como nosotros y el gobernar es para todos y teniendo en cuenta la diversa totalidad. Ni hay ni habrá gobierno perfecto, son personas, son seres humanos y como tales, con la mejor intención y buena fe pueden equivocarse. Ante lo que llevamos dicho, en España hay varias posiciones que considero negativas: De una parte, el personalismo que implica que «a ese yo no lo voto», debía de haber hecho y no ha hecho, no parece que tenga entidad suficiente o no lo está haciendo como debía hacerlo. Lo que no entienden los personalistas es que al llevarse por delante a la persona se está llevando y perjudicando al partido que representa. Por otro lado, tenemos la abstención, representada por «todos son unos farsantes por lo que nunca voto, no vuelvo a votar». Por último, aquellos que dicen «estoy harto del voto útil y voy a votar a cualquier otro». Nunca he entendido lo del voto útil, pues el voto es el voto y sólo se puede votar a lo que hay, pues lo que nosotros quisiéramos normalmente no existe en la realidad política. Me parece inconcebible el voto inútil, afectando a los valores y principios que cada uno tiene. En definitiva, no podemos movernos por emociones y sentimientos personales y subjetivos, sino por un análisis racional, responsable y comprometido. Después de nuestro análisis racional, sereno y prudente, cada uno debe votar según su conciencia.

4. Considero que, en líneas generales, lo planteado sirve para cualquiera de las posiciones políticas que puedan existir y sean cuales sean las actitudes, preferencias y objetivos buscados, pero como no quiero que se me quiera achacar que escribo sin comprometerme, quiero dejar clara mi postura. Soy español y cristiano y defiendo la unidad, progreso, desarrollo y perfectibilidad de España como Nación, dentro de una Europa en la que puede cumplir un papel destacado en relación a la misión universal de Europa y Occidente. Respecto a mis valores fundamentales defiendo, con Ratzinger, que «el hombre es portador de valores» y estos, en su fundamento, son los que expresa perfectamente, el propio Ratzinger: «Un primer elemento es la incondicionalidad con que se debe presentar la dignidad humana y los derechos humanos como valores que preceden a cualquier jurisdicción estatal».

Todo lo anterior lo escribo antes de los comicios de primavera y sin saber cuándo se publicará, pero, en todo caso, pienso que puede servir de aviso a navegantes, pues la relativa y aceptable calma actual de la mar, puede convertirse en terrible tormenta que se lleve por delante no sólo personas sino, también, la única posibilidad de un gobierno, que en los distintos niveles, sea conveniente y aceptable. Para terminar, siempre con esperanza como cristiano que soy, pero esta vez sin ningún optimismo, utilizaré la mítica y profundamente española frase «Que Dios reparta suerte».

Tomado de *Cuadernos de Encuentro*